

ESPIRITUALIDAD SANA Y DESTINO DE LA ALDEA GLOBAL

Bernard Lonergan, SJ, define la cultura como un "conjunto de significaciones y valores que informan un determinado modo de vida" (1). Las tecnologías de la comunicación, los mass media y multimedia han ayudado a crear la aldea global. Los sistemas de creencias y valores tradicionales de muchas sociedades se han visto afectados por la penetración de estos medios, que pueden hacer incidir significaciones y valores sobre los estilos de vida a escala prácticamente planetaria. La expansión de la sensibilidad a favor de los derechos humanos, por ejemplo, es positiva para el progreso de la humanidad. Pero también se predicen otros valores que desencadenan procesos de decadencia o disolución. ¿Cómo ayudar a las sociedades y a la aldea global a tomar caminos de progreso integral y a evitar procesos de decadencia y muerte? ¿Qué hemos de entender por una sana espiritualidad religiosa y qué papel puede jugar en todo ello? Estas preguntas orientan las reflexiones que siguen.

Jorge Castro

MOTIVACIONES CONTEMPORANEAS

El psicoanálisis de Freud evita trascendentalismos, pero aporta elementos interesantes al tema. El nota que en el enamoramiento, cuanto más se coartan y subliman las tendencias de la libido, el objeto de amor (la persona amada) crece en valor y estimación, así como la humildad del yo y la capacidad de autodominio y sacrificio. Por el contrario, cuantas menos trabas impiden la posesión del objeto de amor para responder a todas las demandas de satisfacción propia que surjan, proporcionalmente disminuye la estimación del objeto de amor y la consistencia de la relación. El concluye que coartar y sublimar las tendencias de la libido permite crear lazos más duraderos entre los seres humanos (2).

En este tiempo, caracterizado por la laxitud sexual y moral, lo anterior explica una de las causas principales de la multiplicación de parejas volátiles de novios o casados que pronto se separan por el hastío mutuo, y de individuos que rehuyen a un compromiso matrimonial serio. Por otra parte, se asoma la urgencia de redescubrir la dimensión espiritual de la pareja, la sexualidad y la familia.

La observación de Freud puede extrapolarse a otros campos. El objeto de "amor" cuya posesión y disfrute se desea se pone en el dinero y los bienes materiales, o en el ejercicio del poder (a nivel macro o micro), o en la sed de aplauso, reconocimiento y fama. Ello explica, por ejemplo, que al incitar a la posesión de un bien de consumo, la publicidad incluye en muchos casos algún reclamo erótico, explícito o no, en sus propagandas. Surge una verdadera "erótica" del dinero, del confort o del reconocimiento social, que afecta en forma decisiva los estilos de vida y convivencia. Al abrir en una civilización las compuertas de la libido sin una canalización sabia y moralmente adecuada, paralelamente se abren las compuertas de otros impulsos igualmente primarios de agresividad y muerte. Se teje una cultura de la codicia, la envidia y la insolidaridad. La compe-

tencia sana es sustituida por una competencia despiadada. Se hipoteca el futuro de la convivencia pacífica.

La posesión de personas y bienes para el propio disfrute con el mínimo de límites, como criterio inyectado en las masas, no sólo es una meta irreal, sino que lanza a un proceso repetitivo: el cansancio que genera lo ya poseído y disfrutado impulsa a la búsqueda continuada de nuevos objetos de posesión y disfrute. Surge una "lógica" social de la acumulación, del consumo y del objeto desechable. La acumulación y el consumo no cesan. Así las cosas cobran un valor fugaz y hasta las personas se vuelven desechables en cualquier estadio de la vida. Se produce basura material y basura humana. Si esta "lógica" sostiene en forma importante el crecimiento económico, éste no es positivo ni aplaudible, sino cancerígeno.

Mientras menos diques hay para la posesión y el disfrute, menos duraderos son los lazos personales y sociales. Se erosiona el fondo común de confianza mutua que un grupo necesita para funcionar. La desconfianza nace de no poder creer que los demás tengan una actitud desinteresada para con nosotros, ya que la ley suprema es el máximo provecho y la corrupción puede presentarse en cualquier nivel. La actitud de alerta permanente ante la posibilidad de que alguien se aproveche de uno genera ansiedad social y propicia un clima de violencia que se manifiesta en diversas formas. Se desconfía de las instituciones y su capacidad interna de reforma y mejoramiento. Personas, grupos, sectores e instituciones, por el mutuo recelo, dejan de interrelacionarse positivamente para el razonable beneficio de todos. Si el proceso se profundiza y sólo se actúa reactivamente, poniendo paños calientes, sin ir al núcleo del problema, la suma de decisiones erróneas o ineficaces lleva a la parálisis de una sociedad y a un máximo de violencia y anarquía. Se impone la búsqueda de herramientas y métodos para sanar las bases culturales de esa sociedad. La espiritualidad religiosa tiene una contribución específica que hacer.

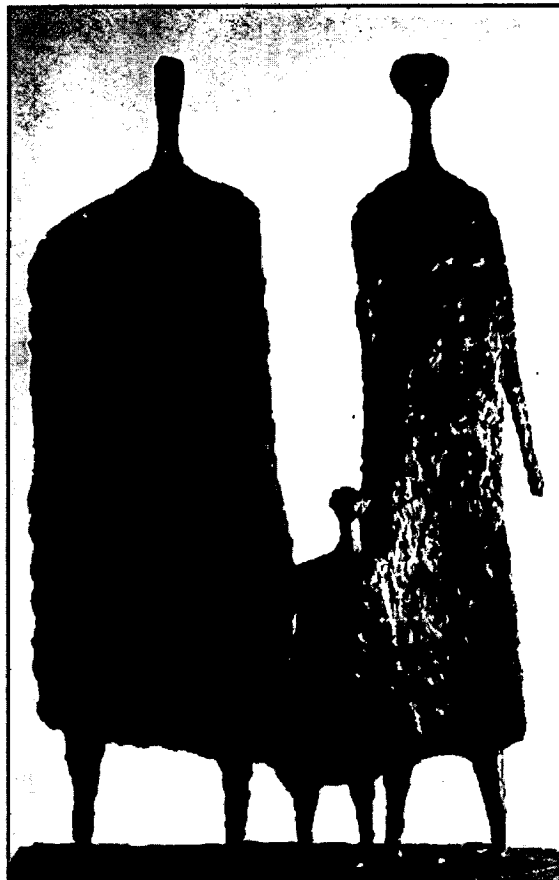
RELIGION Y ESPIRITUALIDAD

La fenomenología de la religión, como afirma J. M. Velasco (3), nos muestra el hecho religioso como un fenómeno con especificidad propia, distinto de la magia o de los reduccionismos psicológicos o sociológicos. El hecho religioso nos presenta la relación entre el Misterio sagrado (al que explícitamente se llama Dios en las religiones monoteístas) y los seres humanos. El Misterio sagrado es percibido como fundamento máximo y último de lo real y de los valores y como Trascendencia santa y activa. Ante el Misterio sagrado, el ser humano descubre su vida como una tarea global y salvífica (para llegar a una plenitud definitiva y evitar un fracaso definitivo) y reconoce que el centro vital y la meta de la existencia no están en su "ego", sino en el Misterio. Surge entonces el deseo humano de comunicación con el Misterio, u oración, y de sacrificio y autodonación. Aparece el anhelo y la experiencia de vivir con, en y para el Misterio; esto es la espiritualidad religiosa.

No es raro que el ser humano deforme la perspectiva religiosa. Se busca la posesión y manipulación de lo religioso, como ocurre en los movimientos del consumismo religioso contemporáneo, que terminan en el mismo cansancio de todos los consumismos. Se relega lo divino fuera del mundo para que no moleste nuestros intereses o para evadirnos de la realidad. Se limita lo divino al mundo presente con la tentación de construir el paraíso en la tierra o canonizar nuestros sistemas y procedimientos. Se usa la religión para condenar y rechazar en bloque todo lo humano. Se deja de lado la espiritualidad y se reduce la religión a mero discurso ideológico.

Si el "ego" posesivo cae, y con él la deformación religiosa, el ser humano descubre en cualquier religión que la centralidad del Misterio, la provisionalidad de las cosas humanas y el bien de toda la realidad fundamentada en el Misterio, piden una actitud de autodonación y desprendimiento que nace del amor religio-

Un sano desprendimiento es fundamental en una equilibrada espiritualidad religiosa y se opone a la "erótica" actual de la posesión y la acumulación



so. En el cristianismo, tal actitud tiene una fuerza peculiar, no sólo por la amorosa reverencia hacia Dios y el compartir con el prójimo, sino porque el desprendimiento hasta dar la vida (cf. Filipenses 2, 5-11) es el camino de amor y salvación elegido por Jesucristo, que todo discípulo debe hacer suyo (Gálatas 2, 20, "ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí"). Un sano desprendimiento es fundamental en una equilibrada espiritualidad religiosa y se opone a la "erótica" actual de la posesión y la acumulación.

INTEGRACION SOCIAL

La espiritualidad no debe caer en la tentación de dar paso a meras teocracias de nuevo cuño. Muchas sociedades confesionales mantuvieron las doctrinas y prácticas religiosas sin preocuparse de que al menos una mayoría de miembros llegara, trascendiendo lo meramente formal, a la genuina experiencia religiosa que da a las doctrinas y prácticas su auténtico sentido. Sin el amor religioso que genera conversión, las doctrinas o prácticas serán usadas para fines y procedimientos contrarios a los de Dios, presentándose una imagen distorsionada de la Divinidad.

Tampoco se ha de caer en la tentación de la evasión. Los destinos histórico y eterno se juegan aquí y ahora. La espiritualidad religiosa ha de contribuir a crear espacios para que personas y culturas crezcan en autenticidad y neutralicen las fuentes de decadencia y disolución.

Menos aún se ha de bendecir acríticamente el presente estado de cosas. Unos teóricos del "establishment" ven con buenos ojos la vuelta del sentimiento religioso. Al fin y al cabo, una persona seriamente religiosa tiene más probabilidades de ser laboriosa, concentrada, honesta y alejada del vicio, por lo que se perfila como muy productiva y positiva para el sistema económico. Pero, ¿tienen las personas religiosas que ser los aliados más productivos de un sistema económico que crece estimulando el "ego" codicioso y acumulador de la gente, y sembrando de rebote gérmenes de envidia, desconfianza, violencia e individualismo en las relaciones humanas?

La espiritualidad religiosa tiene tareas hacia dentro y hacia afuera del cuerpo social de creyentes. Hacia adentro hay que orientar a un verdadero camino espiritual que integre culto, doctrina y vida. La nueva evangelización planteada en la

Iglesia católica exige prioritariamente que ésta ofrezca verdaderos maestros espirituales y creyentes espiritualmente centrados que sean para la sociedad lo que es la levadura para la masa.

Hacia afuera, tiene que llevar a los creyentes de diversas confesiones a reconocer el camino de sano desprendimiento, común a toda la búsqueda religiosa de la humanidad, como remedio sanador de las relaciones sociales. El entrenamiento espiritual de desprendimiento y servicio puede ser así incluido entre esos bienes y valores que los católicos han de promover en colaboración con creyentes de todas las religiones. Este entrenamiento no es fácil ni simpático. En el cristianismo, la cruz exigida por Jesús como paradigma del desprendimiento, no es popular: le huyen muchos cristianos y no pocos sacerdotes y religiosos.

Pero su dificultad no anula su posibilidad y necesidad. Siglos antes de la predicación de Jesús, ya la religión hebrea vio los peligros y desequilibrios resultantes de una desbocada práctica de posesión y acumulación. Los libros del Deuteronomio (15, 1-18 y 24, 10-22) y del Levítico (cap. 25) exponen varias normas religiosas para proteger a los débiles y los económicamente desamparados por reveses de fortuna. Entre esas normas están la del año sabático, en que hay remisión de todas las deudas, y la del año jubilar, en que las propiedades vendidas vuelven a los dueños originales y sus familias. Se procura así que todos en Israel dispongan de un patrimonio básico y tengan de qué vivir: periódicamente se restablece un justo equilibrio para que no haya acumulaciones excesivas de bienes que crecen en paralelo con situaciones excesivas de indigencia.

La necesidad del camino espiritual de desprendimiento, para la curación de las deformaciones de convivencia en la aldea global, pide que desenmascaremos los engañosos atajos fáciles que, por la ley del menor esfuerzo, procuran rehuir exigencias serias. La aldea global necesita un vuelco grande en la concepción de la vida. Es una quimera que puedan

ser satisfechas las ilimitadas demandas que se le crean artificial y exponencialmente a cientos de millones de consumidores con los recursos limitados del planeta, de los que unos cuantos están en vías de agotarse. Por otro lado, muchos más son los que no pueden satisfacer sus necesidades básicas, y su suerte será decisiva para el destino de la aldea global. La voracidad del "ego" posesivo y acumulador debe ser aplacada. La espiritualidad debe sanar las profundidades de los seres humanos, porque los buenos propósitos a nivel del neocórtex se demuestran insuficientes por sí solos para lograr la paz personal y la armonía colectiva. Es difícil predecir el costo humano en sufrimiento y tiempo para que la humanidad se convenza de la necesidad terapéutica de la espiritualidad religiosa, a fin de que el desprendimiento, el servicio y la vida sencilla y fraterna sean valores realmente deseados, culturalmente insertados e institucionalmente protegidos y promovidos en una futura civilización.

OPACIDAD O TRANSPARENCIA DE UN PAR DE ZAPATOS

En Venezuela, la tragedia de la cultura de la codicia se puede encarnar en un par de zapatos como noticia casi cotidiana. Un joven cree que llegará a ser alguien si lleva unos zapatos de una determinada marca deportiva y de un precio elevado. La cultura de la codicia ha encadenado en forma diabólica un prestigio atado al "tener" con una prioridad de gastos absurda, la exhibición, la envidia, la violencia y la pérdida inútil de una vida.

La espiritualidad da otra dimensión a lo ordinario. El par de zapatos que se gasta para llevarme aquí y allá merece mi gratitud porque, como Dios mismo, está a mi servicio en silencio, sea yo consciente o no de ello. También me recuerda las muchas manos, mentes y medios humanos que no conoceré y que se pusieron en juego para que mis pies estén calzados: es un memorial de cuánto necesito a la comunidad humana y ella a mí. Ese par de zapatos me recuerda además que muchos pies lastimados necesitan ser cal-

zados y que he de dar mi aporte para hacer una sociedad más humana y concorde con los deseos de Dios. Frente a la tragedia del párrafo anterior, esta alternativa vale la pena. La sana espiritualidad es la que hace la diferencia.

Si una honda revolución espiritual no acompaña los avances materiales, la aldea global quedará bien retratada por esta historia de Tony de Mello:

Cuando alguien se jactó de los logros económicos y culturales de su país, el Maestro, completamente impávido, le preguntó: "Y todos esos logros ¿han producido algún cambio en los corazones de tus compatriotas?" Y contó el caso de aquel hombre blanco que, capturado por los caníbales y conducido ante el jefe de la tribu antes de ser asado vivo, comprobó asombrado cómo el cacique hablaba el inglés con perfecto acento harvardiano. "Los años que pasó usted en Harvard", le preguntó el hombre blanco, "¿no sirvieron para cambiarle en nada?". "Por supuesto que sí", respondió. "Sirvieron para civilizarme: una vez que usted haya sido asado, me vestiré para cenar y usaré cuchillo y tenedor". (5) □

Jorge M. Castro Ferrer es jesuita, investigador, Profesor del Postgrado en Teología en la UCAB.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. B. LONERGAN, *Método en teología*, Salamanca, Sígueme, 1988, 9. Sobre ciclos de la cultura y sentido común colectivo, cf. LONERGAN, *Insight. A Study of Human Understanding*, San Francisco, Harper & Row, 1978, 207-244 y especialmente 236-238.
2. Cf. S. FREUD, "Psicología de las masas y análisis del yo", en *Obras completas*, 4a. ed., tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, 2590-2591.
3. Este párrafo presenta las líneas matrices de la exposición de J. MARTÍN VELASCO en su *Introducción a la fenomenología de la religión*, Madrid, Cristiandad, 1978.
4. T. DE MELLO, *Un minuto para el absurdo*, Santander, Sal Terrae, 1993, 137.